

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.  
**MADRID.** ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIAS.** ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.  
 Un número suelto, 3 reales.  
 Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
 D. Francisco de P. Mellado.

1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 8. — Marzo 29 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la  
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,  
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de  
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de  
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.  
**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... 55 \* (11 ps.). — 30 fr. (6 p. \* )  
 Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.  
 PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.  
 Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.  
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

**EL TIO NIÑERO** (*Le père nourricier*).  
 (Cuadro de M. Emmanuel Massé.)  
 Bajo la custodia de un sarjento veterano, los

cadetes de un rejimiento de la guardia imperial  
 dan un paseo en el bosque de Boulogne. Un ca-  
 ballo desbocado, que no puede ser contenido por

todos los esfuerzos del ginete, encuentra al jóven  
 batallon á la vuelta de una avenida, ó calle de  
 árboles. Felizmente se halla allí el tio niñoero,



El tio niñoero (*Le père nourricier*), cuadro de M. E. Massé.

lleno de vigilancia y de calma para evitar el pe-  
 ligro que amenaza. Con un simple ademán detie-  
 ne la cabeza de la columna, y, tranquilizado,  
 bien acampado, se halla pronto á sostener la lu-  
 cha. Los semblantes y las actitudes de los niños  
 manifiestan, segun sus edades, diversas emocio-

nes. Este cuadro de M. Massé ha sido muy nota-  
 do en la última esposicion, y nuestro grabado re-  
 produce hoy una copia. Los grupos se hallan  
 bien distribuidos y son de tal exactitud, que se  
 podria creer que el jóven pintor ha sido testigo  
 de la escena que él traza. A la exacta verdad,

M. Massé reúne un lápiz firme y correcto, un co-  
 lorido agradable, que le harán conquistar, dentro  
 de poco, uno de los mejores puestos entre nues-  
 tros pintores de género.

LÉO DE BERNARD.



## CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Dias pasados, una bailarina española, joven muy hermosa, que llegaba derechita de Madrid, se presenta en casa de cierto crítico. Es una de esas beldades como las que nos describe Alfredo de Musset, ó las que pinta Giraud. Sus ojos son de un negro aterciopelado abiertos hasta las sienes, con unas pestañas... tan largas! su nariz como la de Mademoiselle Schlosser de la Ópera, pero felizmente un poco mas grande; su boca tan encarnada, que se hubiera creído que la hermosa tenia una flor de granado entre los dientes; sus orejas pequeñas como una ostra de Ostende, pero color de rosa y nacaradas como la concha de Venus. Y qué pelo! pelo de Española, para decirlo todo en una sola palabra, es decir, tan tupido, tan copioso, que como es sabido, en esa raza, las jóvenes dan fácilmente una trenza á su galán. En cuanto al talle, hallábase contorneado con una especie de muceta de raso negro, llena de bordados de seda, y azabache, guarnecida de franjas como conviene á un vestido español, y perfilando un busto capaz de trastornar los cascos á un escultor, naturalmente mas adicto á la forma que al fondo. Refiérese que hay en el Brasil diamantes negros que despiden chispas incendiarias; si hubiera tambien soles negros, diria que brillan repentinamente uno de estos en el gabinete del crítico, lanzando penetrantes rayos cuyos ardientes efluvios sintieron el escritor y su amigo.

«— Señor! — dijo, — buenos dias! »

El cronista ofrece una poltrona á esta joven, quien saluda con la sonrisa esmaltada de treinta y dos dientes que ella sabia jugar tanto como las niñas de sus ojos, y, habiéndose sentado junto á la chimenea, puso sus piés en el guarda-fuego, como para mostrar que casi no los tenia, y prosiguió:

«— Señor... señor...

«— Señora tenga usted la bondad de decirme qué es lo que me proporciona...

«— Señor...

«— Sí, ya oigo... puedo saber?

«— No hablo francés!

«— Qué?

«— Habla usted castellano?

«— Ea, vamos, — dijo el crítico á su amigo, — luego no habla francés? Qué dice?

«— Hablo, habla quiere decir hablar, — dijo el amigo, — te ruega sin duda que le hables de Hipólito Castille!... No has oído... Castiliano?... »

«— Señor yo tenia una carta para usted... pero la he perdido!

«— Qué dice usted...

«— Señor... usted ninguna palabra española?

«— No comprendo... Señorita... usted no parla francés?

«— Si, sí... un petit peu! Yo? yo bailarina... teatro á Paris.

«— Comprendo, va usted... asi, asi á Paris! »

Y con la palabra « así, así », el crítico, poniendo el índice y el dedo del medio de pié, como dos piernas, sobre su mesa, los hizo bailar y saltar ejecutando extraordinarias cabriolas.

«— Si! si! si! — exclamó la Española riéndose á carcajadas y mediocerrando los ojos de un modo perturbador.

«— Háblala en italiano, comprenderá tal vez!

«— Es una buena idea! Ella parla italiano?

«— Italiano? No... yo hablo castellano... española!

«— Habla usted español... comprendo... es decir, no comprendo... pero poco importa, es usted bonita, muy bonita... Qué pié tan diminuto! cómo se puede usted sostener sobre él? En fin, qué me quiere usted? »

La bailarina replegó su boquita, levantand

las cejas y abriendo tamaños ojos, como una persona que no comprende tampoco:

«— Digo: qué — usted — querer — á mí? »

(Nótese con este motivo la tendencia que experimenta uno á hablar como un negro á toda persona de quien se quiere hacer comprender, á fin de evitarla la dificultad de los tiempos del verbo!).

La señorita hizo un movimiento de hombros que, en el lenguaje de los bailetes, significa que no se sabe de lo que se trata.

«— Es otra idea! dijo el amigo. — Una bailarina, una *mima*... Si probaras con ella un duo de mímica?

«— Estas loco... ensayemos otra vez el italiano, hay palabras que se parecen al español... — Señorita... cosa volete di me?

«— Yo? dijo la Española con una sonrisa que probaba que habia comprendido algo. — Yo?... la proteccion de usted!

«— Tu proteccion! comprendes?

«— Sí, quiere mi proteccion! mas para qué?

«— Qué importa! protéjela, amigo mio, protéjela!

«— Si, si, señor! Yo... mañana teatro... Yo bailarina... Yo... temprano... la proteccion de usted. Hágame este favor.

«— Que el diablo cargue con ella! — dijo el crítico embaucado, impaciente, y que hubiera querido evidentemente conversar de un modo inteligible con esta provocadora criatura.

«— Haga usted este favor, señor!

«— Sí, sí!... sin duda! — Despues, volviéndose á su amigo, el crítico añadió: Hé aquí una ostra! una pava! (tonta). Venir así á ver á la gente sin saber una palabra de francés!

«— Yo... mañana... señor...

Y el crítico exasperado se alivió de su impaciencia y de su decepcion levantándose como para despedir á la Madrileña, diciéndola:

«— Eres bonita, es cierto, pero preciso es convenir en que eres un famoso ganso... una ostra incontestable... una verdadera pava... sí, una pava... al venir así á ver á la gente... »

La bailarina escuchaba, abria aun mas grandes sus grandes ojos... y despues, pareciéndola que querian despedirla, levantóse y comenzó una serie de reverencias como al fin de un paso, cuando aplaude el público.

«— Hasta la vista! — dijo, — hasta la vista!

«— Véte al diablo que te ha enviado, Ostra, Pava, Gansa. »

Y diciendo esto con aspecto de poca amabilidad, el crítico vejado (sin duda por no haber podido entenderse con una belleza tan rara!) la condujo hasta el salon, que ella atravesó bamboleando aquí, allá... iba á decir su falda, pongamos su crinolina; despues de lo cual, habiéndose vuelto para lanzar el último rayo, la última mirada, dijo: beso á usted la mano!

— En seguida, desapareció en la antesala, dejando en toda la habitacion un olor de benjuí que aun se apercibía aquella noche.

«— Pues bien, hé ahí una curiosa visita! — dijo el crítico volviendo á su gabinete.

«— Creo que no he visto nunca una criatura mas bella, una diablita mas condenable!

«— Si... sí... » articuló el crítico con aspecto ya distraído.

El amigo marchó, — el escritor prosiguió su trabajo. Despues, al cabo de algunos instantes, le interrumpió de repente diciendo:

«— Pero es que no tengo aquí un diccionario español? »

Pasáronse algunas semanas. Una noche es invitado á casa de M<sup>lle</sup> Taglioni, quien daba un pequeño sarao á sus mas brillantes discípulas y á algunos amigos. Conversaba el escritor del próximo bailete que la ilustre artista ha compuesto para la joven Emma Livry, su hija adoptiva, su heredera coreográfica, — cuando se oye un gran ruido hácia la puerta del salon: el crítico mira...

Era la bailarina española que entraba, — que resplandecía, debe decirse mas bien!

«— Ah! — exclamó aquel involuntariamente.

Informóse del coronel V<sup>\*\*\*</sup>, amigo del doctor Veron y del general Narvaez, que se hallaba presente, y supo muy pronto que la señorita era una de las mas jóvenes y mas brillantes bailarinas de Madrid, que era algo estravagante, llena de malicia y de donaire, que habia huido de España á causa de las persecuciones de un viejo general al cual ella habia preferido un tenorino italiano, y que habia esperado bailar en la grande ópera, á lo que se oponia el empresario de Madrid, á quien ella habia plantado lo mismo que al general; solamente que con el primero tenia celebrada una contrata, lo que habia impelido á la embajada de España en Paris á oponerse á que se presentara la bailarina en la escena. Resignada á no bailar, la señorita procuraba tanto mas divertirse, y olvidar al tenorino quien, temiendo maltratar su *la bemol*, habia rehusado acompañarla á Paris.

Entonces el crítico refirió al amable coronel lo que le habia pasado antes, con esta bailarina algo loquilla.

«— Ella mira hácia este lado... mas parece que no me reconoce! — dijo el crítico herido en su amor propio. — Quiere usted, coronel, hacerme el favor de presentarme á la que se ha presentado tan cómicamente en mi casa?

«— Con mucho gusto... pero déjeme usted preguntarla antes si hace progresos en la lengua francesa... sé que toma hasta tres lecciones por dia... entonces conversaria usted con mas facilidad! »

Y mientras que el coronel hablaba con la encantadora criatura, el crítico, que los estaba observando, quedó sorprendido del aspecto severo que tomaba ésta. El coronel volvió muy pronto y dijo:

«— Me ha suprimido usted un detalle de la visita...

«—Cuál?

«— Parece que, irritado por no poder explicarse con la señorita, la ha llamado usted gansa... pava... y ostra... Estas palabras, muchas veces repetidas con un acento particular debido al despecho, la han llamado la atencion... las ha retenido, y al entrar en su casa, las buscó al momento en el diccionario... y enterada de las flores con que usted la obsequió, dijo muy airada: el ganso y el pavo es él, el muy ignorante, pues menos extraño es que una bailarina española ignore el francés, que no el que un crítico, un señor escritor francés ignore el español.

«— Ah! Dios mio!

«— De manera que está furiosa contra usted, y que mas bien que su mano á besar, le daria á usted con mayor placer un bofetón.

«— Ah! Dios mio!

«— Así que, no cuente usted ya con esta pava... esta... »

El crítico, no amedrentado, sino humillado, —buscó su sombrero—y desapareció!

P. S.—Se me asegura que hay probabilidades de que el negocio se arregle entre la embajada de España y M. Alphonse Royer, y que no es ya tan inexorablemente imposible que veamos, en el bailete de la Favorita, algunas picantes apariciones de la señorita Josefa Carbajal!

~~~~~ Si Lóndres paga bien á los artistas que van á divertirla, preciso es convenir igualmente en que aquella ciudad les hace tambien pagar bastante caro el dinero que la sacan. Con efecto, son muy pocos los artistas estimables ú orgullosos que vuelven de allí sin haber sufrido alguna herida en su amor propio, herida para la cual no es el oro sino un tópico asaz mediocre.

Una de las cantatrices que gozan de mayor reputacion en Paris, y que ha pasado algunas semanas en Lóndres, nos ha referido cuánto la chocaba la manera cómo se veia tratada á ve-



ces en los salones de la alta aristocracia inglesa. Según esta artista distinguida, los que de su clase aceptan la difícil posición que allí espera á cuantos asumen sobre sí la penosa carga de dar relieve á las reuniones mundanas, es menester que principien por abdicar completamente toda dignidad personal, y no considerar mas que las guineas.

Los cantantes hallanse relegados y como murados detrás de los grandes pianos de cola, parapetados además con sillas, como si tuvieran la peste. Cuando empiezan á cantar ó á tocar, al momento se hace en la sala el mayor ruido posible, ya con puertas, ya con sillas, conversaciones ó risotadas. El objeto es hacer ver que nadie escucha, en lo cual se hace consistir allí precisamente el buen tono!

El verano anterior, un grande artista, á quien es inútil nombrar aquí, tocaba un solo de violon en casa de lady R..., poniendo en él todo su arte y toda su alma. En la parte mas delicada y sublime del trozo que ejecutaba, en medio del cuchicheo y aun del ruido menos armónico con que le recibia aquella noble sociedad, hé aquí que un *gentleman* se levanta, pasa al lado del pobre músico, á quien dió tal empujon, que le hizo escapar el arco de sus manos... yendo á caer á los piés de las *ladies*, quienes se dignaron honrar con sus mas graciosas sonrisas aquel chistoso accidente. El arco fué por fin devuelto al artista furioso, costando á éste infinito trabajo el poderse dominar y continuar la ejecución de su trozo, sin que diez personas del salon apenas se hubieran apercebido de la interrupción ocasionada por esta acción grosera.

Otra noche, era un barítono, muy á la moda sin embargo, que cantaba una melodía de Schubert, la cual habia sido muy solicitada, sin que por eso fuera ella mas escuchada. Después de la primera estrofa, un *dandy*, queriendo sin duda distinguirse y parecer mas amable que los otros, se levanta, va derecho hácia el artista... y le ofrece un helado! El barítono, sorprendido por aquella acción tan chocante, le mira asombrado, creyendo que se trataba tal vez de una broma pesada ó de alguna de esas excéntricas apuestas tan comunes entre los Ingleses. Pero el lord insiste con la mayor formalidad del mundo; y entonces el cantante cerró su cuaderno, dejó plantado el piano, y se fué á un rincón de la sala á tragar su sorbete... y su afrenta!

Esto recuerda otro hecho que ha venido á ser histórico entre los artistas. Baillot, el célebre violonista, ejecutaba una de sus mas brillantes composiciones en casa del duque de Wellington, cuando hé aquí que se siente bruscamente detenido por el brazo, en medio de un *adagio* patético. Era el ilustre guerrero quien se tomaba esta molestia, para decir, como dijo, á Baillot, con la mayor gracia y dignidad que le fué posible:

— Pasta!... caballero!... basta!... estoy satisfecho en extremo, puede usted retirarse... Mañana se le pagará... Está muy bien!

Nosotros hemos pensado siempre, y aun hemos tratado de probar en un librito intitulado: *Un viaje de desagrado á Londres*, que el gusto musical de los Ingleses, y su decantada afición á todas las bellas artes, no pasan de ser una mera afectación de opulencia, una comedia de civilización.

Basta, en efecto, haber oído aplaudir, sin ton ni son, en sus teatros líricos para adquirir esta convicción. Pero lo que realmente deja como encantados y hechizados á los Ingleses, con toda sinceridad, y prescindiendo de formas y de vanidades, son las sesiones del género de las que está dando en Londres, de algunos años á esta parte, un viajero llamado Alberto Smith. Este individuo es un jóven escritor *humorístico* que ha pasado algunos años en París como estudiante de medicina, que después se hizo dentista, y acabó por escribir algunas novelas en el género de las de Paul de Kock, que es uno de los escritores

franceses á quien mayor afición muestran los Ingleses.

De resultas de no sabemos qué circunstancias, sucedió que este Alberto Smith tuvo que hacer un viaje á la Suiza, viaje cuyas particularidades refirió él en Londres, entre sus amigos. Comprendió al momento que sus narraciones interesaban, y avinole entonces la idea de emprender en público lo que en Inglaterra se llama un « *entertainment* », es decir, que él hizo todos los gastos de la convocación, sirviéndole de mesa un piano.

Como piano, para nada sirve la mesa, hállese allí para producir efecto, y nada mas. Como mesa, el piano sirve para que el viajero apoye en él sus codos y coloque el papel de sus apuntes ó notas de viaje. Instalado de esta suerte, Alberto Smith refiere familiarmente su ascension al monte Blanco, con toda especie de detalles locales y de mínimos y aun minuciosos episodios, mas ó menos verosímiles. Es cómico, es mímico, dotado de gracia, de chiste, de verbosidad, y por consiguiente, entretiene y divierte á su auditorio, el cual aumenta cada día de una manera prodigiosa.

Después de haber logrado, durante algunos meses, contar siempre la misma cosa y con las mismas palabras, á diferentes oídos,—que estos se renovaban naturalmente en cada sesión,—sintió la necesidad de enriquecer y variar algun tanto su repertorio; y habiendo puesto en caja una buena suma, lió el petate y partió para... el mar Rojo! juzgando prudentemente que éste seria un título magnífico para los prospectos que lanzara á su vuelta de esta nueva expedición.

La ruta que escogió fué la Bélgica, la Francia, el Mediterráneo y el Egipto. Volvió de su larga correría, cargado de notas y de observaciones, y se apresuró á abrir de nuevo su curso humorístico, poniéndose á contar su *Odysea*, no sin sazonarla con numerosas y malignas alusiones contra los países continentales que habia atravesado, á fin de satisfacer esta pasión insular de sus oyentes.

En resumen, instruye algo, divierte mucho, tiene un éxito con honores de triunfo, apasiona á su auditorio, y no se cansa nunca; pues en esta tarea suele llenar, dos veces al día, una gran sala, una especie de lonja, *Egyptian Hall*, en Piccadilly. La reina ha ido á oírle, con lo cual ha puesto á la moda sus sesiones, y no sabemos cuántos años hace ya que este bufon ingenioso atesora sumas fabulosas con su idea estram bótica, pero asaz lucrativa entre Ingleses. Alberto Smith ha reunido ya, dicen, un capital de mas de un millón... en repetir mil veces las mismas farsas. Hé aquí lo que produce el arte... del orador juglar en Inglaterra!

~~~~~ Cierta anciano que habita en la calle de la Victoria, y que está en cama hace ya un mes, acometido por una enfermedad complicada, sintiendo acercarse el término de su existencia, manifestó pocos días ha el deseo de hacer testamento.

Van á buscar en seguida á dos escribanos, y estos reclaman la presencia de seis testigos. Échase mano del portero de la casa, el vidriero del piso bajo, el panadero de al lado, el latonero de enfrente, el verdulero de la esquina... y para completar el número seis, se les agrega un individuo á quien encuentran en la escalera, que bajaba casualmente de uno de los cuartos superiores para salir á la calle.

El moribundo, hombre rico, rodeado de parientes colaterales y de mercenarios, dicta con firmeza y aplomo su última voluntad. Muéstrase bastante generoso con los suyos y tambien hace participar ampliamente de su fortuna á los pobres.

Una vez redactado el testamento, le firma; y después de él procedieron á firmar por su turno las demás personas, para lo cual fué preciso que cada uno se aproximara sucesivamente á la mesa, colocada junto á la cama.

El testador da gracias al portero, al vidriero, al panadero, etc., á quienes ha estipulado un billete de 100 francos por cabeza, como una memoria y en remuneración de los servicios que habian hecho á la casa... cuando hé aquí que, atacado súbitamente de una tos violenta, todos creen que va ya á estornudar la vida; pero... nada de eso! al contrario, nuestro hombre se repone. Uno de los escribanos se disculpa entre tanto para con el caballero cojido en la escalera, el cual, difiriendo en esto de los demás testigos, no habia suministrado nunca artículo alguno de comercio al que así asistia *in articulo mortis*... Esta es precisamente la palabra: artículo final! El anciano desea tambien tartamudear su palabra postrema: levanta la cabeza, mira... mira tan solícito cuanto le es posible bajo la grande pesantez de sus párpados, y como entre tanto el desconocido, después de saludar á todo el mundo, se disponia á marcharse:

— Caballero... dispense usted... espere un momento si gusta... — díjole el enfermo con voz apagada.

El otro se detiene en efecto y escucha lo que se le dice.

— Creo que he tenido el honor (hum! hum! hum! — tose) de ver á usted en alguna parte! Sus facciones... hum! hum!...

— Caballero... yo no podria asegurar...

Se acerca mas á la cama, y el enfermo le mira fijamente.

— Sí... ahora recuerdo! era... hum! hum!... el mes pasado, en el Teatro-Francés...

— Es muy posible, caballero, yo voy allí con frecuencia.

— Sí... poníase de nuevo en escena *La Juventud de Enrique V...* una obra llena de antiguos y gratos recuerdos para mí... hum!... hum!...

— En efecto, creo recordar...

— Yo sufria ya de mi mal... pero el placer de volver á ver aquella antigua y excelente pieza me hizo cometer una imprudencia... No habia ya asientos que alquilar y tuve que contentarme con un taburete... cerca del corredor. Usted tenia una buena butaca, al abrigo de las corrientes de aire... y al ver á un anciano en quien todo el mundo tropezaba durante los entreactos...

— Caballero, no hice sino una cosa sencillísima en extremo.

— Tomó usted mi mal banquillo... hum! hum!... y me obligó á que aceptase su excelente luneta, donde pude, garantido contra las corrientes de aire, contra los codazos y empujones, gozar de un espectáculo que parecia restaurarme en mi mas completa y dulce juventud!... Aquel fué un acto de humanidad, caballero!

— Oh! cuando mas, un acto de urbanidad!

— No! no!... hoy son las jentes por lo general, muy... hum! hum!... muy egoistas, muy groseras... nadie piensa sino en sí mismo, en su comodidad, sin que le importen un bledo las canas, ni aun las dolencias de su prójimo!... Yo deseo, caballero... puesto que... hum! hum!... la casualidad le ha permitido á usted prestarme aquí un segundo... un postrer servicio... deseo dejarle un pequeño testimonio de mi agradecimiento...

Y haciendo señas al notario para que se acercase, el moribundo le habló al oído: inmediatamente añadió aquel una línea mas al testamento, el cual fué en seguida rubricado y sellado. Despidiéronse todos. Al día siguiente, el caballero, volviendo á ver á su amigo el del piso superior, procuró informarse del estado en que se hallaba el enfermo... Habia muerto aquella madrugada.

Ayer abrieron su testamento... en el cual se halla inscrito M. Der..., un modesto empleado de la casa Garnier y Chaumont, para una manda de 25,000 francos. No digais, pues, que la virtud no halla su recompensa!

JULES LECONTE.



## El fuerte del Esseillon.

Para ir desde Francia ó desde la Suiza á Italia, atravesando los Alpes, nada menos hay que unos veinte caminos.

Abiertos en las gargantas de aquellas montañas, estos caminos no son siempre suficientemente anchurosos, realmente seguros y practicables. La mayor parte de todas estas vías, construidas en general por los Franceses, han sido destruidas ó cerradas por los Austriacos, quienes obraban bajo la impresión de los golpes terribles dados otras veces por Bonaparte.

Así, la corte de Viena ha querido impedir al Piamonte que restablezca los puentes que habían sido arrebatados por las inundaciones de 1831 y 1836 en el camino del Simplon, camino abierto por orden del primer cónsul de la República francesa.

Cuando se creó la ruta de la Argentiére, el Austria impidió al gobierno piamontés continuarla sobre su territorio, é insistió en que los fuertes de Vinadio, Exilles y Fenestrelles que dominan los valles que conducen á esta ruta, fuesen establecidos.

La construcción del fuerte del *Esseillon* ó de *Bramans* ha sido impuesta al Piamonte para atajar el camino del monte Cénis, decretado por Napoleón I. Cuando se sale de San Juan de Moriana y se ha



Fuerte de Esseillon, que domina la ruta del monte Cénis entre Modana y Vercy.

pasado la aldea de Modana, se sube una cuesta muy pendiente que domina un pueblecillo, Avrieux, donde murió Carlos el Calvo. Se entra entonces en la garganta de Aussoix y se descubre, sobre una roca cortada á pico y construido por el modelo de las fortalezas austriacas, el fuerte del Esseillon que, por sus numerosas fortificaciones, domina el desfiladero estrecho en que penetra la ruta. Estos fuertes, escalonados sobre la derecha, fueron construidos en 1820 y están dominados por el fuerte Víctor-Manuel, que ha formado igualmente parte de estas fortificaciones.

Su clima es muy rudo y su servicio militar tan penoso, que el Piamonte no envía para guarnecerle mas que algunas compañías de disciplina. Se dice que en este fuerte del Esseillon deben fijarse los límites de la frontera piamontesa, despues de la cesion de la Saboya á la Francia.

Modana, San Juan de Moriana y Chambery, cuyos valles forman estos paisajes que recuerdan las mas hermosas vistas de Suiza, harán parte del imperio francés.

Despues de Chambery, era Annecy la ciudad mas considerable del antiguo departamento del Monte-Blanco.

Uno de sus obispos mas distinguidos por su virtud religiosa, fué Francisisco de Sales.

LÉO DE BERNARD.



Una vista del lago Annecy (Saboya).



Fiesta de beneficencia en Chartistes, el jueves 15 de mayo. — Paso de los carros de la agricultura y de los mecánicos y fundidores por el boulevard de la puerta de San Guillermo.





## FIESTAS DE CHARTRES.

Chartres es la ciudad en la cual existe la fisonomía de los tiempos pasados con su mas interesante originalidad.

Los habitantes de la antigua ciudad de los Carnutos han elegido, este año, el día que media la cuaresma para celebrar con una magnífica fiesta de beneficencia uno de los grandes recuerdos que se retieren á la historia de la antigua capital de la Beauce. El 15 de marzo, una cabalgada histórica representaba la entrada de Enrique IV en Chartres.

El Bearnés había abjurado, el 25 de julio de 1593, la religion protestante en la iglesia de San-Dionisio. A pesar de este cambio de religion, que se le presentaba como el único medio de una paz duradera, el nuevo rey de Francia no había logrado atraer á su partido á los gefes de la Liga ni á los numerosos predicadores, uno de los cuales llegó á decir en el púlpito: *Aun cuando bajase Dios del cielo y me dijese que el rey se ha convertido, no lo creería.* El rey galante (*Vert-Galant*, título dado á este rey) quiso intentar sin embargo atraerse á sí á los católicos incrédulos, y resolvió unirse como sus predecesores.

La ciudad de Reims se hallaba aun en poder de los de la Liga. Enrique IV eligió la ciudad de Chartres, el *gran obispado*, como le llamaban los ultramontanos, para recibir en ella la santa unción. Llegó á dicha ciudad el 17 de febrero de 1594, llevándose consigo una multitud de brillantes señores, los Suizos de la guardia, los caballeros del Espíritu-Santo y la guardia escocesa.

Fué recibido por uno de sus mas fieles consejeros, Nicolas de Thou, obispo de la ciudad.

Los habitantes de Chartres han querido reproducir este año, con un objeto filantrópico, las magníficas fiestas celebradas con motivo de esta consagración.

El juéves, á las once de la mañana, salía el cortejo real por la puerta de honor del cuartel de caballería, seguía las calles y los boulevards, y hacia una parada en cada una de las principales plazas de la ciudad.

Tras este cortejo, el carro de la *Beneficencia* solicitaba en todo el tránsito la caridad de los Chartreses y de los curiosos que habían venido de todos los pueblos del departamento.

Las corporaciones de obreros seguían á este carro y precedían al de la *Agricultura*, tirado por ocho bueyes de dorados cuernos. El centro del carro se hallaba ocupado con haces de trigo al lado de las cuales se ostentaba un segador armado de su hoz. Otros varios *atributos de Ceres*, para emplear el lenguaje alegórico, instrumentos de agricultura, y aun tiernos corderillos, concurrían al adorno de este carro simbólico.

El carro de los *Mecánicos y de los Fundidores*, arrastrado por ocho caballos ricamente enjaezados, y con los emblemas de la industria; el carro de la *Imprenta*, en el cual estaba colocada una prensa que funcionó durante el tránsito de la cabalgada, y el carro de la *Horticultura*, prestaban un carácter imponente de grandeza al conjunto de esta brillante fiesta de beneficencia.

Nuestro grabado representa el carro de la Agricultura y el de los Mecánicos, en el momento de su llegada delante de la puerta de Guillermo, por la cual se sale de la parte baja de la ciudad, cuya puerta es uno de los raros monumentos legados á nuestra época por la arquitectura militar del siglo catorce.

MAC VERNOLL.

## LAS MEDIANÍAS CADUCAS.

Cróquis parisienne.

Como hacía el medio de la calle de Navarin, se halla en el fondo de un patio, una especie de es-

tablecimiento sobre cuya puerta se leía hace algunos años: *Caldo y carne*. En él no había mas que una muy mediana *mesa redonda* que no se distinguía sino por un desaseo en el mas alto grado.

Una mujer era, — en todas las acepciones que encierra esta palabra, — el jefe de aquel establecimiento, al cual venían los pintores del barrio, que comenzaban su carrera, á tomar sus refrigerios. Figuraos una enorme calabaza cubierta de un vestido indescriptible, y con una faz de gelatina, cuyos carrillos caídos temblaban como la jalea de grosella. Los cabellos, en fin, en desorden y cayendo por todas partes, hasta sobre los platos, y tendréis, con poca diferencia, el retrato del sér deplorable que se había atribuido la misión de envenenar á la gente artística. Llamábase la tía Benin, y nadie fué nunca tan puerca, tan brutal, tan ordinaria y tan avara como esta bodegonera. El aspecto de su cocina mataba el apetito, y el olor á *pegado*, ú á *quemado*, que se escapaba de ella, á tibias bocanadas, no era el mas apropiado para volverle á la vida. La servilleta blanca era una verdadera añagaza, y lo que se encontraba por casualidad en punto á consumo no se podría definir.

Sin embargo, la sala no se desocupaba jamás: gente alegre, bulliciosa y jóven, hallaba en ella medio de divertirse y reír, mientras comían los detestables guisados de aquella horrible mujer; mas esto no impedía que se la dirigiesen reclamaciones.

— Tía Benin! gritaba uno.

— Llévete el diablo! respondía ella desde el fondo de su ahumado antro.

— No hay sal en el salero.

— Cuesta muy cara.

— Ah! esto es ya demasiado! decían todos los rapaces comensales, y cada cual gritaba al mismo tiempo.

— Tía Benin!

— A la tienda!

— Qué casucha!

— Qué bodegon!

Y este imitaba el gallo, aquel el gato; mas la bodegonera no se movía.

Se redoblaba la algazara y veinte voces arrancadas á otros tantos pechos de veinte años, formando un solo eco, iban traspasando las paredes á punto de trastornar la cabeza á los transeúntes de la calle de los Mártires. A esta detonación humana aparecía la figura descompuesta de la tía Benin. Una mirada de ella petrificaba á la asamblea, y despues, poniéndose los puños en las caderas, y como si se hallase en el mercado, exclamaba:

— Me estais fastidiando! vamos decidme qué es lo que aquí pasa?

Una lluvia de quejas caía sobre ella. Este había encontrado alfileres en los huevos pasados por agua; á aquel no le había tocado mas que el mango, ú mas bien, el hueso del asado; un tercero pescaba una liga en la sopa; por último, también habían encontrado renacuajos y otros gusarapos en la carrafa del agua.

— Otro grito, señores, imitemos ahora al pavo real!

— Sí, sí, al pavo real!

— Vamos, hato de bribones, decía la tía Benin, callad, que os voy á traer ensalada!

— Ah! — bravo! — viva la tía Benin!

— Manifestemos nuestra alegría! un coro, señores!

Y se producía un ruido, en que cada cual, bajo la música de su predilección, entonaba un canto, celebrando la pintura, ó la ensalada, ó á Pierre Dupont, á la gitana, á Couture, en Calino, etc., en una confusión increíble.

Los hermanos Dinochau, — que han venido á

hacerse célebres desde que *Figaro* los ha cantado al son de su lira, — temblaban en su mostrador.

Un hermoso domingo de verano, á eso de las dos de la tarde, no se hallaban mas que tres personas en el establecimiento de la tía Benin. A la estremidad de la mesa, un jóven rubio destrozaba con sus dientes cierta cosa, que — sólo allí, — se le podía apellidar un bifeck. Llevaba puesta una casaquilla de veludo, y parecía vecino del barrio: era un pintor. Otro jóven, cuyo traje, hecho á la moda, daba á entender ser rico y no habituado al lugar en que se hallaba, conversaba con él. Al otro lado de la mesa, se desayunaba un artista vestido con su ropa de trabajo, leyendo al mismo tiempo un periódico del mes anterior. Los dos primeros hablaban bajo.

De repente la Benin exclamó en su cocina, como hablando consigo misma:

— Vamos, esto va bien! el resto de mis monedas vuelve!

Oyóse abrir la puerta del patio y á la bodegonera decir:

— Llegas muy tarde. Ya no hay nada!

— Tía Benin, contestó una voz de hombre en son de súplica. Buscad... á ver si teneis por ahí un huevo ó dos.

— Ni la sombra de uno solo. Además, te he fiado ya bastante.

Lo que respondió el desconocido no llegó á hacerse comprender de los jóvenes; pero la Benin añadió:

— Gracias, le conozco!...

— Rollin! gritó el jóven que leía.

— El desconocido entró.

Era un hombre de alta estatura. Sus cabellos largos caían en desorden sobre su paletó de invierno, abotonado, en toda su extensión. Su barba negra, espesa y descuidada contrastaba rudamente con su pálida tez.

Al ver á este hombre de facciones prominentes y pupilas marchitas, se experimentaba una impresión penosa, y entre el disgusto mezclado con la piedad, un instintivo movimiento de retracción. Sus vestidos, tristemente destrozados, parecían inspirar esta pregunta: «Es miseria ó incuria?» Mas sus manos estaban blancas y sus uñas muy bien cuidadas: era pues miseria.

Todo el mundo lo sabe, la deidad de las artes es una madrastra que no siempre alimenta á sus hijos, y estamos acostumbrados á ver á los artistas envueltos en lodo y podredumbre. La penuria no los sorprende; se rien de ella á rienda suelta, porque la esperanza los consuela. Y cómo entristecerse por la falta de comida, cuando se tiene puesta la imaginación en un porvenir brillante y se siente uno lleno de juventud! — dos cosas muy ricas ambas en promesas y sobre todo muy alegres?

Mas Rollin tenía cuarenta y seis años.

— Almuerza conmigo, le dijo el artista que leía el periódico, como si no hubiera oído su diálogo con la Benin.

— No, gracias, dijo Rollin con embarazo; ya he....

— Ya ves que estoy solo, me harás al menos compañía.

Y, sin dejarle tiempo para responder, llamó y dijo:

— Un cubierto.

— Para quién? dijo la tía Benin entrando.

— Qué os importa saber para quién? Servid un almuerzo inmediatamente.

— Bien, bien! dijo la tía Benin, si eres tú quién pagas...

Un ligero sonrosado de rubor invadió las mejillas del convidado.

— Maldita bruja, murmuró entre dientes, gesticulando una amarga sonrisa.

Y tomó asiento cerca de su compañero.



— Quién es ese caballero, le dijo, que conversa con Eustaquio?

— Uno de sus amigos.

— Un artista?

— No, un aficionado, según creo. Ciertos señores le llaman, riendo, «el baron.» Es rico.

Rollin le miró.

— Ha comprado últimamente, prosiguió el joven, el cuadro de Faivre.

— Qué Faivre?

— Tony Faivre. Un rubio que suele venir aquí algunas veces.

— Es bastante dichoso! exclamó Rollin, exhalando un suspiro.

Después, como la Benin había traído un plato, comió con avidez, conversando en voz baja, y aprovechando un momento en que creía no ser observado de nadie, se guardó un buen pedazo de pan en el bolsillo de su paletó. Un instante después, el queso que tenía delante de sí desapareció de la misma manera. Su camarada había visto la operación, y para dejarle en más libertad de continuarla, tomó el periódico y se puso a finjir que leía. En fin, cuando ya no le quedó nada sobre el plato, Rollin se levantó.

— Adios, Octavio, le dijo, y gracias.

— Chico, no seas así, hoy te he convidado yo, mañana tal vez me convidarás tú.

— Sí, quizás! si supieras! Por fin... ahora ya he matado el hambre que me acosaba... adios.

Después de la salida de Rollin, el joven llamado Eustaquio exclamó:

— Pobre chico!

— Me ha entristecido, dijo el baron.

— Motivos hay para ello, dijo Octavio.

Y los tres jóvenes se aproximaron.

— ... ¡Ah! Dios mío! respondió Octavio a una pregunta del baron, esa es una lamentable historia... un drama en dos partes, de una realidad terrible. Rollin es hijo de un soldado del Imperio á quien mataron no sé donde, y su viuda obtuvo una pensión. Ella adoraba á su hijo y se mostraba débil siempre que se trataba de obligarle á trabajar. El chico, por su parte, bastante joven aun, se creyó con vocación para la pintura. «Seré premiado en Roma,» decía á su madre. Y ésta, fiada en la profecía, murió sin inquietud; mas la pensión fué suprimida, y Rollin condenado á vivir de su trabajo. Hizo retratos de plebeyos enriquecidos, quienes, orgullosos con su oro, mas ó menos mal adquirido, llaman á un Ticiano una estampa, y abren sus ojos entorpecidos, cuando se les pide cinco luises por reproducir la vulgaridad de su fisonomía. Rollin les tomó horror y no siempre supo disimular su disgusto; los ricos improvisados le abandonaron y la miseria le acometió. Él la recibió valerosamente, con la sonrisa en los labios, porque á veinte años es gracioso decir como Schaudard: «Hace hambre!» Sin embargo, el tiempo corría, y el pobre mozo, cuyos cuadros eran rehusados todos los años en el Salon, frisaba ya en una edad en que no es permitido, — ni á un artista siquiera — llevar una vida de gitano. Durante mucho tiempo había dicho, cuando sus camaradas le aventaban: «No tengo suerte!» En seguida, sus contratiempos le agriaron, se hizo inflexible, y trabajó sin descanso.

El resultado fué el mismo. Un día, cierto pintor, amigo de toda su confianza, le aconsejó que aceptase un empleo que le proponía y que renunciara al arte. Rollin se aterró; pero tuvo el valor de hacerse á sí mismo esta terrible pregunta: «Seré yo una nulidad?» Agobiado de disgusto, sucumbió bajo el peso de una evidencia falaz, saliendo del combate moral en que se había empeñado, sombrío y quebrantado, pero decidido. Lanzó una despedida desgarradora á sus muertas esperan-

zas, y se condenó á la medianía. Resoluciones horribles, que no puede jamás tomar un hombre que hasta entonces se ha mostrado lleno de arrogantes deseos y aspiraciones, sin las imprecaciones de la impotencia y las lágrimas sangrientas que constituyen el drama cerebral á que están sujetos los ambiciosos abatidos. Desde esa época, se halla tal como le veis: triste, humilde, y luchando silenciosamente, víctima de todas las agonías de una espantosa miseria.

— Si se le proporcionara un empleo? preguntó el baron.

— Sería preciso reflexionar mucho, sólo para proponérselo, porque, á pesar de la duda que lo está minando, no desespera completamente, y se pregunta algunas veces, si por ventura no es él un genio á quien no han comprendido. Lo horrible de su situación es que no es él solo quien sufre, sino que una niña de ocho años soporta parte de sus privaciones.

— Cómo es eso?

— Hará unos doce años que Rollin, á quienes sus amigos y amigas ridiculizaban sus cuadros, rompió con todos y se encerró en su casa. Una sola persona penetraba en su taller; su planchadora. Esta era una joven bastante fresca y muy cándida, á quien su madre maltrataba, si bien no dejaba de trabajar día y noche. El pintor oía estas frecuentes escenas, porque vivían en la misma casa. Cuando la joven le llevaba la ropa, contemplaba los lienzos de Rollin y los encontraba hermosos, y el artista, poco habituado al elogio, se deleitaba en oírlos. Hablaron, se comunicaron sus penas; pues dos corazones que padecen se entienden pronto.

Un día, la madre de la joven disputó con uno de sus parroquianos, y entró de la calle quejándose de dolor de cabeza: se puso á trabajar, y al tomar una plancha en la mano, exhaló repentinamente un ¡ay! y... «quedó muerta.» No obstante la dureza de la madre, la hija la lloró, como debía, sinceramente. Rollin concibió un cariño profundo y formal por ella; la amó en fin, é hizo de ella su esposa. Al pronto fueron dichosos, pues ella tenía fe en él, y como ganaba un poco de dinero, no lo pasaban mal; pero la esposa dió á luz una niña, y la calentura de leche puso fin á sus días. Por esta muerte, Rollin volvió á caer en una miseria más profunda que la que lo agobiaba antes de su casamiento.

— Desgraciado! dijo Eustaquio.

— Tal vez para salvarle, dijo el baron, bastaría encaminarle por otra ruta. Si con algun dinero!

— Y cómo ofrecérselo? respondió Octavio, Rollin no mendiga.

— Y no hay un medio?...

— Oh! no, ninguno.

— Sin embargo, se me ocurre una idea, dijo el dandy con un movimiento de alegría: llevadme á su casa.

— Y qué haréis?

— Le encargaré mi retrato.

— Es que... repuso Octavio, debo preveniros que...

— Que lo hará mal? Poco me importa!

El artista sintió sus ojos anublarse bajo dos lágrimas.

— Vuestra mano, caballero! dijo el artista.

— Con mucho gusto, respondió el baron, vámonos.

Los tres jóvenes llegaron muy pronto á la morada de Rollin, y subieron seis pisos riendo, por que sentían el corazón desahogado.

— La llave no está en la cerradura, dijo Octavio, ¿habrá salido?

— Llamó á la puerta, pero nadie respondió.

— Habrá ido tal vez á pasear la niña á Montmartre.

— Es posible, por que hace buen día.

— Siento, dijo el baron, oigo...

Y llamó de nuevo á la puerta.

— Somos nosotros, Rollin, gritó Eustaquio, abre.

Oyóse el ruido de un cuerpo que cae... y después como un quejido desesperado. Apoyándose en las espaldas, el baron arrojó la puerta hacia dentro, y los tres jóvenes entraron desfavoridos. La escasez de aire los sofocó.

En medio del taller, se hallaba un anafe de barro donde se consumían unos trozos de carbon que chispeaban. Eustaquio rompió dos cristales de una puñada, en tanto que Octavio levantaba al pintor que estaba desvanecido.

Sobre algunos cobertores desgarrados, veíase una niña de cabellos rubios repartidos en bucles, que parecía como sumergida en un sueño penoso. Su pecho, medio desnudo, se hinchaba con intermitencias.

Cerca de ella se veían unas migajas de pan y de queso.

Este último invierno, paseaba por el boulevard de Montmartre, un hombre envuelto en su paletó, fumando un cigarro, y deteniéndose de vez en cuando delante de alguna tienda. Dieron las diez en el reloj de la Bolsa, y entonces aquel hombre entró en la calle de Vivienne, marchando con precipitación hasta que llegó á un almacén de modas. Allí le esperaba una joven, la cual se asió á su brazo, se recojó el vestido, con esa gracia que sólo es peculiar á la Pariense, y ambos se pusieron en marcha.

— Buena noticia, dijo Rollin, estoy nombrado oficial segundo de mi oficina, con dos mil seiscientos francos. El baron ha venido á anunciármelo.

— Eso es bueno para nosotros.

— Sí, pero no es esto solo. Ha hecho fructificar nuestro pequeño capital en la Bolsa; y dice que nuestros dos mil francos han producido diez y seis mil, y pues que has aprendido ya bien tu oficio, es preciso alquilar una tiendecita para que trabajes por tu cuenta.

— Estaré muy contenta! dijo la joven.

Mas el suelo estaba húmedo y resvaló, faltándola poco para caer.

— Hija mía, me has asustado, dijo Rollin trémulo.

— No ha sido nada!

La pareja siguió en silencio, y el antiguo artista le volvió á interrumpir diciendo:

— Quizás habré hecho mal en dejar la pintura!... quién sabe si tendrías coche hoy!

EDUARDO CADOL.

## PARIS DESCONOCIDO.

### LOS TAPETES VERDES.

#### I.—La pasión del juego.

Hay en Paris barrios enteros que el mismo Parisense conoce apenas, y existen, seguramente, calles por las cuales no ha pasado nunca. Es necesario que un suceso se verifique en ellas para que sepamos su nombre. Paris es como una nueva Oceanía, cuyas tierras todas no se hallan aun descubiertas. Quién conocía la calle de Soly antes que el inimitable Balzac hubiese hecho figurar en ella las escenas de uno de sus mas interesantes estudios? Y, para no remontar tan alto, quién había oído hablar nunca de la calle de la Vieille-Lanterne, antes que fuese tan tristemente revelada á todos por la terrible muerte de un poeta?

Paris moral es todavía mas ignorado que Paris físico. Hay ciertos aspectos de la vida parisense





Exposición del boulevard de los Italianos. — *La Yunta del Nivernés*, cuadro de M<sup>lle</sup> Rosa Bonheur, perteneciente á M. Yakoumschikoff.





Habitantes de Megnanano (ducado de Parma) que van á votar á Pontremoti sobre la anexión al Piamonte.

*Guillemet*



que son misteriosos callejones sin salida, cuya entrada conocen sólo los iniciados. Se gira al rededor, se tropieza con ellos sin verlos, como se pasaba cerca de la calle de la Vieille-Lanterne sin sospechar siquiera su existencia. Solamente que la callejuela ha desaparecido bajo el martillo de los derribadores; no queda ya nada de su rápida y fúnebre escalinata, nada del enrejado del cual se colgó el poeta por el cuello, nada de la pared que golpearon sus pies en el estertor de la agonía; mientras que el vicio sobrevive al tiempo, se escapa á la ley y hace tantas mas víctimas cuanto mas oculto se halla.

Estas dolorosas reflexiones se encuentran bien colocadas al principio de un estudio de la naturaleza de éste. Cuántos jugadores traídos arrastrados por la suerte azarosa del tapete verde y finalmente arruinados, han muerto por el suicidio! Ellos tambien habian tenido sus sueños de oro y hecho sus castillos en el aire, engaños siempre repetidos, esperanzas siempre fallidas! Una noche se les ha aparecido la fria realidad. Ha penetrado ésta en su cerebro dolorido en el momento mismo en que perdian su último escudo. La realidad era la misma: han huido ante ella y se han dado muerte, no como el poeta, para entrar en un mundo mejor, sino simplemente para reducirse á la nada. El jugador no tiene creencias, su dios es el dinero, su religion la suerte, no conoce mas cielo que el tapete verde constelado de monedas de oro. Cuando el dios se ha ocultado, cuando la suerte ha desaparecido sin esperanza de volver, dáse á la muerte, porque la pasión del juego, que llena el alma entera, absorbe completamente al individuo, y no hay mayor desgracia para un jugador que el no poder jugar.

Porqué no lo diríamos? La pasión del juego hace aun hoy numerosas víctimas. El juego ha entrado en nuestras costumbres y se ha quedado en ellas. El jugador que llevaba en otra época su dinero á Frascati ó al Ciento-Trece, le pierde hoy en los círculos, en las casas de partida, en los garitos clandestinos. Digo que lo pierde, pues no tengo conocimiento de un solo jugador leal, que juegue desde hace mucho tiempo, y que pueda alabarse de tener beneficios. Esto es un misterio que explicaré mas adelante. En verano, viaja en el extranjero y alimenta los establecimientos que se enriquecen á sus espensas. Vuelto á Paris, juega todavía, porque la pasión del juego es la mas exigente de todas las pasiones. La edad no influye nada sobre ella. Sucesivamente irritada por la ganancia y por la pérdida, no hace mas que crecer con el tiempo. Cítanse, sin embargo, algunos ejemplos de jugadores que se han corregido: estos eran hombres enteramente superiores, lo que equivale á decir que su número no es considerable. Los jugadores mismos no se engañan acerca del carácter miserable y, por decirlo así, vergonzoso de esta pasión. Todos reconocen que ella es al menos una extravagancia de su espíritu, y muchos maldicen el día en que, por primera vez, colocaron un punto sobre una carta. Los menos sinceros afirman que son impelidos por una invencible necesidad de emociones. La verdad es que el incentivo del oro del prójimo, y por consiguiente, un sentimiento bastardo y poco noble, es su principal móvil. Dicen que necesitan emociones! Véase cuán diferentes son estas emociones, segun que aquellos pierden ó ganan. Examinad al jugador que acaba de ganar una buena partida: su cara indica un gran regocijo. Vedle, al contrario, cuando pierde: su rostro revela un gran sufrimiento, un verdadero dolor. Ahora bien, no se corre jamás tras el dolor. La emoción que aquel quiere, la que busca al tomar asiento al tapete verde, es la emoción de la ganancia, la alegría que le causan los golpes felices. Hé ahí la verdad, la verdad lisa y desnuda, que no se la

confiesa fácilmente porque no se la puede confesar, pero que es esencialmente humana. Si se dijera al hombre que afirma no jugar sino por el sencillo placer de las emociones: «Jugad, perderéis sucesivamente todas vuestras puestas,» es seguro que no jugaria. No jugaria tampoco aquel á quien dijeran: «Poned cien lises en el juego, jugad toda la noche, y despues de diversas alternativas, os retiraréis con diez francos de pérdida.» No son pues las simples emociones lo que busca el jugador en el juego, ó mas bien, no busca sino las emociones agradables. Los jugadores viejos y los jugadores cínicos no lo disimulan, convienen en que juegan por ganar. Algunos confiesan aun que juegan sin placer. Estos son los jugadores de profesion, ó jugadores de la peor especie.

Si tuviera que elegir, preferiria á los supuestos jugadores por emoción. Algunos pueden ser de buena fé, y, en todo caso, el subterfugio de que echan mano, prueba que comprenden cuán degradante es para el hombre la codicia del bien ajeno satisfecha de este modo. No se hallan todavía empedernidos.

No niego sin embargo que muchas jentes jueguen por el simple placer de jugar. En esto no cabe duda. Quiero decir solamente que la pasión desinteresada no conduce á una partida cara. La berlanga, el sacanete, el baccarat, son juegos de dinero, y como tales no los juegan sino los que quieren ganar. Los que corren tras las simples emociones de la suerte, sin preocuparse del beneficio, tienen otros juegos menos peligrosos, en los cuales pueden tomar un interés muy vivo. Véase todos los días á jentes ricas contentas de ganar una partida de cientos, á 50 centavos. No es, seguramente, este insignificante beneficio lo que les causa tal placer. Puede uno aun apasionarse mucho en una partida absolutamente desinteresada, pecuniariamente hablando. Recuerdo haber visto en Colonia, en un matadero, á dos niños que jugaban una partida de ecarté bajo un buey poco antes abierto y que acababan de colgar del techo. Hallábanse acostados sobre las losas húmedas y de vez en cuando caían algunas gotas de sangre sobre sus cartas y sus brazos. De repente asíéronse por los cabellos á propósito de un punto dudoso, y ví á uno de ellos sacar un largo cuchillo de su cintura y amenazar con él al otro. Calméllos con gran trabajo, y como les preguntara cuál era la puesta de la partida, me respondieron que jugaban el *placer!* El placer, en semejante lugar, y hasta las puñaladas!

Por lo demás, bastan algunos instantes de observación para quitar la máscara, restituir á cada jugador el papel que le corresponde y leer el fondo de esas almas conmovidas. Tal jugador que afirma jugar por la emoción, deja el juego y se marcha aun al principio de una partida, porque ha realizado una pequeña ganancia. Otro, que experimenta varias pérdidas, se queja amargamente, blasfema ó rompe las cartas con rabia. Si tales son las emociones que éste ha venido á buscar, es preciso convenir que apenas lo demuestra; si goza, — lo que es permitido dudar, — goza como los otros sufren y juran. Pero no es así, para darse cuenta de lo que él experimenta, basta escucharle á él mismo. Quéjase en alta voz, acusa á la suerte, es *desgraciado*, y se le debe creer, pues lo dice él mismo: esta confesion lastima á su amor propio. Hay otros — estos son mas fuertes — que luchan valientemente contra lo que ellos llaman la mala vena, ó la mala suerte, y no cansan á sus vecinos con sus exclamaciones y sus lamentos. Están mudos pero tristes; pierden sin hacer ruido, pero están absortos; se han puesto á jugar alegres, y su alegría ha desaparecido. Los que ganan, al contrario, conservan todo su buen humor y su ánimo despejado. Los mas im-

presionables, ó los mas débiles, se elevan hasta la locuacidad. Son felices hasta la importunidad, hasta la crueldad. Cegados por la ganancia, — el oro hace al jugador estúpido y bárbaro, — no conocen todo el mal que causan sus risas, todas las heridas que irritan sus trasportes de alegría, ó bien, si lo conocen, no hacen caso de ello; tienen el descaro de la embriaguez. Otros, mas tranquilos, poseen el privilegio de decir agudezas, de lanzar pullas ó retruécanos, que hacen reir mucho á los gananciosos, pero que los perdidosos encuentran detestables. Hay algunos, lo confieso, que ora pierdan, ora ganen, son bastante dueños de sí mismos para no mezclarse en las maldiciones de los unos, ni en la feroz alegría de los otros; pero tienen, ellos tambien, una ventanilla abierta en el corazón, y es fácil leer en él; hablan poco, pues saben que la voz revela la emoción y hacen consistir su dignidad en vencerse á sí mismos, lo que es por lo menos una prueba de buen gusto y de que conocen el mundo. Pero no pueden condenarse al silencio absoluto, y por lo demás, sus miradas, su palidez, el temblor de sus manos, sus vagas sonrisas, son otros tantos indicios de lo que pasa en ellos. Entre estos últimos, que forman la mínima escepcion, hay ciertamente tipos muy bellos. He conocido algunos que ganaban ó perdían, sin pestañear, en un segundo, bastante oro para poder visitar toda la Italia, comprar un lienzo de Rubens, pagar un magnífico carruaje, surtir una magnífica biblioteca de todas las obras maestras de nuestra lengua, asegurar la dote de dos huérfanos ó fundar cuatro camas en un hospital. El Pactolo corría por sus manos, se agotaba ó los inundaba sin que las perplejidades de su alma se revelasen de otro modo que por señales apenas perceptibles. Se dominan, pero son hombres de carne y nervios y no de hierro. Me he preguntado muchas veces de qué no serian capaces estos hombres con tal temple, si hubieran aplicado á cosas útiles las altas facultades de que se hallaban dotados? Se me dirá tal vez que resarcan en la soledad la violencia que se imponen en público, y rompen todo al entrar en su casa al día siguiente de una noche nefasta. Ay! esto es demasiado cierto!

Ya se deja entender que no he de ocuparme aquí del hombre que juega por casualidad. Este no tiene que hacer en esta galería, y para pintarle seria necesario pintar á todo el mundo, pues todos jugamos, mas ó menos. Se puede jugar, aun con frecuencia, y no ser jugador. El jugador, es el hombre que vive del juego; tambien lo es el que descuida sus negocios por jugar, el que compromete su fortuna por los naipes, el que pasa las noches y no deja la partida, al salir el sol, sino con la intencion de continuarla por la noche. Hé ahí al jugador. Todos los otros placeres le parecen insípidos. Va raras veces al teatro porque teme perder una noche. Juega hoy porque perdió ayer, y jugará mañana porque gana hoy y cree hallarse de vena. La pasión del juego le hace indiferente á casi todos los goces de este mundo y marchita el corazón con el semblante. Un jugador es rara vez buen esposo, buen padre de familia, y puede llegar á ser un comerciante desleal. Cuando ha pasado la noche jugando, está poco dispuesto, sobre todo si ha perdido, á oír los reproches de su señora. Conducir bien sus negocios y el juego sin que los unos sufran por el otro es cosa muy difícil. Me ha causado siempre extrañeza la imprevisión ó la audacia de esos comerciantes jugadores, que sudan agua y sangre por ganar cien francos en el día, y que, por la noche, pierden cien escudos en un albur. Es preciso que sean muy ricos, y sin embargo no les otorgaria la mano de mi hija!

La pasión del juego tiene terribles exigencias. Cuando ella se apodera de un hombre, le ase con



todas sus garras, cuerpo y alma, y le pone en la frente una señal indeleble. El jugador tiene ciertas arrugas particulares, que no son ni las de la vejez, ni las de las otras pasiones, ni las de la desgracia. Fórmense lentamente por las malas noches y por los tormentos concentrados. Ellas son las que revelan en el hombre que mas se domina la violencia de los esfuerzos interiores que hace para contenerse. Es que no se puede llevar impunemente semejante vida. El diablo se burla de estos estragos prematuros, cuenta las canas que salen antes de tiempo, y admira su obra en la livida palidez de esas frentes inclinadas sobre el oro que va y sobre el oro que viene. El pacto está firmado, es indisoluble. El jugador pertenece al demonio del juego, es *propiedad* suya. Si duerme, sueña con cartas; si se halla despierto, juega ó espera con impaciencia que haya llegado la hora del juego. El juego es su vida, todo lo demás no es para él sino cosa accesorio. Algunas veces procura escapar á este tirano que le arruina, le degrada y le mata. Al día siguiente de una gran pérdida, por ejemplo, hase visto á algunos que se alejaban con horror del tapete verde; habian estado tan desgraciados, habian sufrido tanto, que juraban no tentar ya la fortuna jamás. Vanos juramentos! El demonio los vuelve á conducir al juego, como un general conduce al combate á sus soldados desmoralizados. Es menester obedecer, es menester jugar. La razon y la pasión traban una corta lucha; triunfa la pasión, el jugador se hunde un poco mas en el abismo. Cuántas capacidades de primer orden se han marchitado en estos desórdenes! cuántas fortunas se han arruinado! cuántos grandes nombres se han deshonrado!

EDUARDO GOURDON.

## LA YUNTAS DE BUEYES DEL NIVERNÉS.

Ah! si los bueyes pudieran pintar, que hermoso retrato no harían de M<sup>lle</sup> Rosa Bonheur, quien parece haberles consagrado un respeto y un cariño de brahmín! Que no se le alabe los Durham, este prebendado de los bueyes, elaborando su gordura como el gusano de seda su capullo, creación obesa y monstruosa de la glotonería británica y que se parece al buey de la naturaleza como Falstaff á lord Byron. Lo que ella necesita, es el buey cantado por Virgilio y por Pedro Dupont, ese benigno compañero del labrador, de omóplatos salientes, de narices lustrosas, de cuernos rayados por la correa que fija el yugo á su cabeza. M<sup>lle</sup> Rosa Bonheur comprende á la naturaleza y al campesino, su hijo predilecto, tanto como el autor de *Champi* y de la *Mare-au-Diable*. Al contemplar una labranza en el Nivernés, no percibís ese perfume apetitoso del surco recién abierto en el cual van á brincotear las urracas y picotear las aguzanieves! Estos bueyes tienen la magestad tranquila del trabajador que se siente honrado por su tarea! Tiran del arado sin esfuerzo, lentamente, con paso grave, dóciles á la voz de su señor; no se creeria que, penetrados del sentimiento de su fuerza, guían al labrador en su trabajo mas bien que obedecerle, y que si callan, es por desdén á la palabra humana? Si no temiera debilitar mi impresion delante de esta obra notable y ya célebre, preguntaria á M<sup>lle</sup> Rosa Bonheur si la tierra labrada no ha sido para ella un problema formal de colorido. Se podría tomar con alguna razon esta labranza por un desmonte de hornaguera. Carece esta tierra de lastre y de oteros; los terrones se alinean con demasiada simetría bajo un reflejo uniformemente amarillento. Este defecto no lo es, pues que toca á un imposible. Quién podría decir cuál es el color, traducir los mil matices de la tierra desgarrada por el arado al salir el sol? El mar mas cam-

biante es tambien el mas fácil de tomar, pues que se le da, sin temor de engañarse, el color que se quiere.

JOSÉ DOUCET.

## LAS VOTACIONES EN ITALIA.

La semana pasada, eran llamados los pueblos de la Emilia á resolver por sí mismos, mediante el sufragio universal, la cuestion de sus futuros destinos.

Cada cual, al manifestar su voto, tenía que pronunciarse, y si la voz del pueblo es la voz de Dios, esperémos que la espresion de estos votos salidos de la urna se hallará conforme con los intentos de la Providencia.

Nuestro grabado representa á los habitantes del pueblo de Megnegnano, en el ducado de Parma, dirigiéndose, con el cura á su frente, á Pontremoli para depositar en la urna la espresion de sus simpatías por el nuevo gobierno que deberá regirlos.

Los lugareños se estrechan bajo la bandera de los colores italianos, y llegan al escrutinio, con una actitud de alegría comunicativa que nada obsta á la dignidad y al recogimiento necesarios á la solución de un problema tan importante. Los ancianos se apoyan en los brazos de sus hijos, y parecen moderar, con su tranquila actitud, el entusiasmo de los jóvenes. Hasta las mujeres se asoman á las ventanas ó se hallan en las escaleras exteriores para dirigir á sus hermanos ó á sus maridos la última recomendación. La muchedumbre se aparta respetuosa ante el noble sacerdote que parece bendecirla con una tierna mirada.

MÁXIMO VAUVEL T.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Tetuan, 9 de marzo de 1860.

El viento sigue soplando inexorablemente; hace diez y seis días que el estrecho está impracticable, y todas las naves se hallan consignadas en los puertos por la prepotente voluntad del viejo Eolo.

Como todo el ejército español, tampoco yo puedo recibir mis cartas de España.

A pesar de este terrible viento, y de una lluvia que no cesa hace cuatro días y cuatro noches, nos estamos preparando para marchar á Tánger. Las últimas negociaciones no han dado resultado alguno, y el enviado de Muley-Abbas no ha sido mas feliz que su gefe.

Estamos literalmente en el agua; sin este inconveniente ya estaríamos en marcha.

Seguiré al ejército, puesto que debo hallarme en todas partes donde haya algo que ver.

Soy de usted, etc.

C. YRIARTE.

## CRÓNICA CIENTÍFICA.

Consideraciones acerca de los nuevos teatros. — Higiene y acústica. — El nuevo cable transatlántico.

Creemos que es oportuno examinar, en el momento en que los ahumados teatros del boulevard del Temple van á caer bajo el martillo de los demolidores, cuáles son las condiciones de higiene y de acústica, tan descuidadas hasta hoy, que procurarán reunir los arquitectos encargados de la construcción de las nuevas salas. Nos ha llamado siempre la atención el número de molestias de toda especie que el público parisiense, tan poco sufrido por lo común, consiente en tolerar para disfrutar las delicias de su placer favorito. Aglomerado, estrechado, en asientos demasiado pequeños conquistados, las mas veces, á precio de una

estancia prolongada en el lodo del macadam, respirando durante largas horas un aire viciado y lleno de emanaciones poco sanas, soporta sin clistar palabra los mil tormentos que debiera tratarse de evitarle en lo sucesivo.

Lavoisier habia hecho notar el primero que en una sala cerrada en la cual se hallan reunidos cierto número de individuos, el aire perdía muy pronto una parte de su oxígeno absorbido por la respiración, y que se cargaba de ácido carbónico producido por la espiración. Admitiendo que no se renueve este aire, se hace, al cabo de cierto tiempo, completamente irrespirable, y no tarda en determinar, primero un malestar general, despues la asfixia. Numerosos ejemplos han venido á confirmar lo que habia dicho el ilustre químico de las propiedades funestas del aire confinado. Todos conocen el hecho acaecido en el tribunal de asises de Oxford; jueces, jurados, oyentes, amontonados en una sala estrecha y escasa de aire, fueron atacados de asfixia mortal. Despues de la batalla de Austerlitz, encerraron á trescientos prisioneros austriacos en una bodega; al cabo de seis horas doscientos sesenta habian cesado de existir. En los teatros, el gas contribuye en gran parte á la absorción del oxígeno, que aquel reemplaza tambien con ácido carbónico. Estas salas se hallan pues en condiciones higiénicas esencialmente malas, y si no se renovara accidentalmente el aire viniendo así á poner remedio, el hecho de Oxford se reproduciría con mucha frecuencia.

Los sistemas de ventilación empleados hasta hoy son muy imperfectos. Hemos registrado el catálogo de las patentes, esta tumba de tantas esperanzas fallidas, con el fin de saber si se habia propuesto algo nuevo y satisfactorio; no hemos encontrado mas que dos proyectos concernientes á las construcciones teatrales. El primero, debido á MM. Deslandes y Provence, data de 1857; el segundo, de M. Duprat, es de 1855. Estos proyectos, por otra parte notables, descuidan un poco la cuestion principal, es decir, la ventilación. En cambio, el aparato propuesto por MM. Barthélemy y Plazolles nos parece llenar todas las condiciones. Una corriente de aire cuya velocidad es de dos metros por segundo es imperceptible en la epidérmis y contribuye á la sonoridad del teatro por su misma dirección. Esta corriente sale de una serie de orificios practicados en la parte delantera del tablado del escenario, y desemboca en aberturas dispuestas en el circuito de las galerías. Se obtiene y se modera la velocidad de la corriente, el grado de calor del aire insuflado en la sala, por medio de una máquina de vapor que, refrescando la atmósfera interior en el verano, ofrecerá al público, en vez de un horno insalubre, la frescura y el bienestar. — Por lo que hace á la acústica, nos hallamos atrasados, aun respecto de los Romanos; Vitruvio nos dice que en la época en que escribía, hace unos diez y ocho siglos, se colocaba sobre los teatros y sobre los escenarios vasos metálicos sonoros, para reforzar la voz de los actores. Se hace cosa igual hoy? Parece que nuestros arquitectos han olvidado las leyes mas elementales de la física; las dimensiones de los teatros de ópera se aumentan todos los días, y los tenores que son cada vez mas escasos se hallan obligados, para hacerse oír, á traspasar los límites de la voz que no se halla secundada ni favorecida. Las ondas sonoras se pierden en los frisos y en las máquinas que se hallan en el escenario; van á chocar y dividirse contra los tabiques de los palcos y las numerosas partes salientes que presentan las galerías.

El plano propuesto por los señores Deslandes y Provence nos parece perfecto bajo el punto de vista de la acústica. La sala, segun él, está construida toda de hierro; los diversos pisos de palcos descansan sobre cielos rasos abovedados, que ha-



## TRIBUNALES ÁRABES.

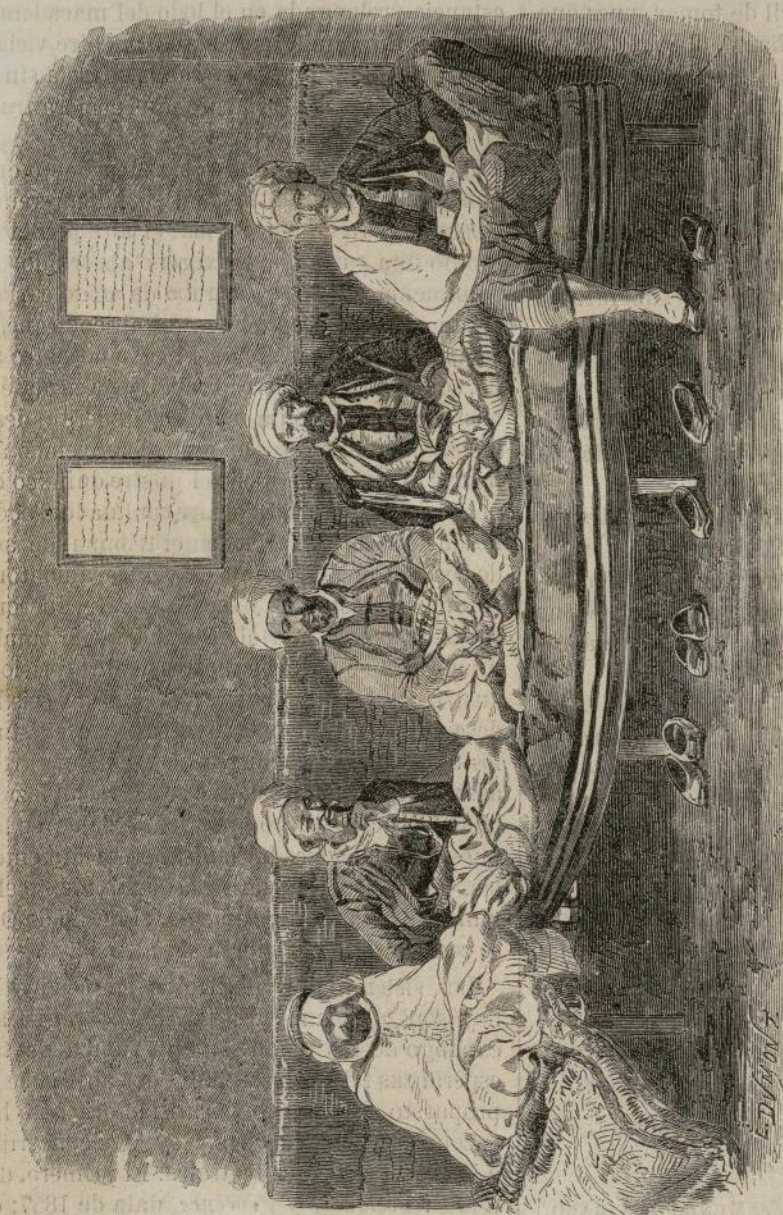
Segun unas fotografias extradas del album de M. Moullin.



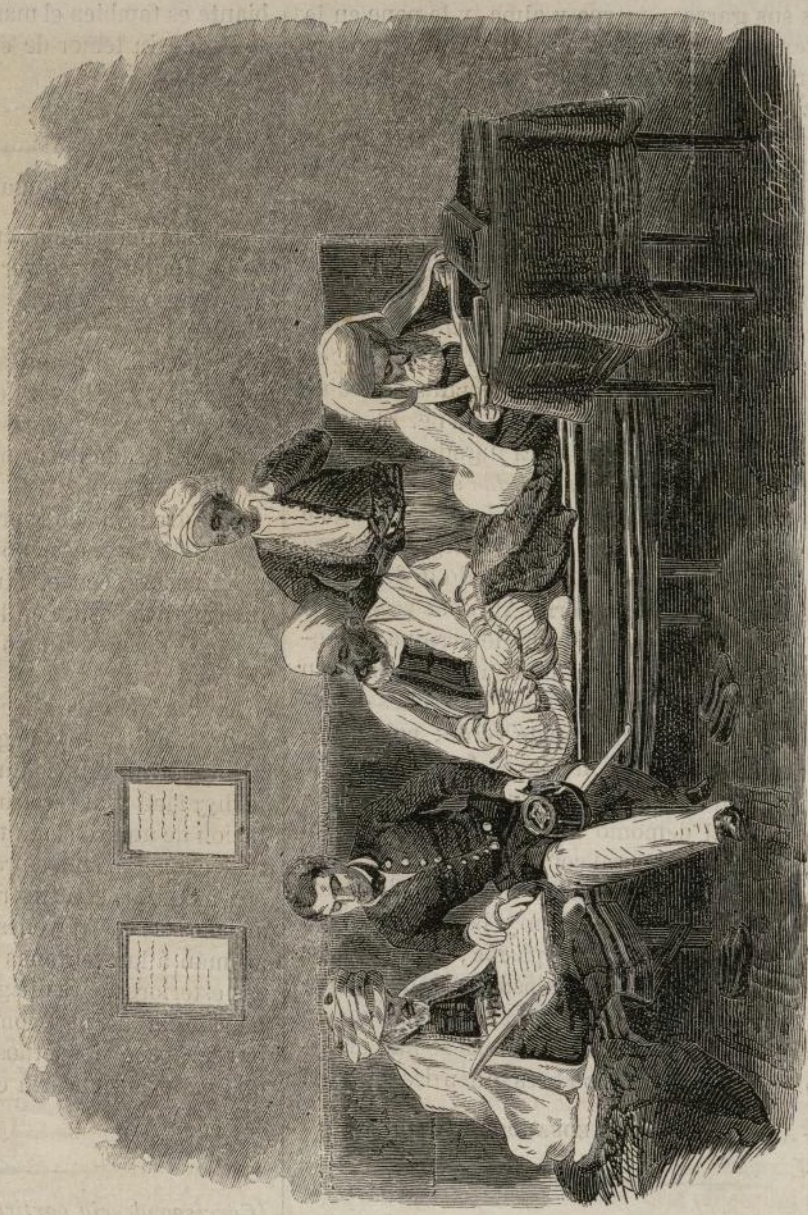
CADI. — Tribunal de policia.



MENJELS. — Tribunal de apelacion.



AMINOS. — Tribunal de conciliacion.



BIT-EL-MAL. — Tribunal curador de las sucesiones vacantes.





El mercado de los caballos, antes de su traslacion exijida hoy por las nuevas trasformaciones de Paris.



cen el papel de los vasos de *Vitruvio*. El escenario se halla rodeado de una bóveda metálica de compartimientos, combinándose con una ingeniosa disposición de decoraciones, y reflejando las ondas sonoras que hacen vibrar al teatro. En el proyecto de *Duprat*, la orquesta invisible, oculta en una especie de corredor en forma de tubo, envía al teatro un conjunto de sonidos perfectamente combinados entre sí y armónicos. Si se adoptara este sistema, no habría ya el riesgo desagradable de tener por vecinos, durante toda una representación, á los contrabajos y grandes instrumentos de cobre, cuyas notas graves y profundas cubren, para cierto número de oyentes, la melodía que aquellos acompañan.

No tenemos necesidad de insistir sobre las otras modificaciones que deben experimentar las salas de espectáculo: corredores mas anchos, salidas mas numerosas, alumbrado mas racional, asientos distribuidos con menos parsimonia, aislamiento completo del edificio, etc.

— Algunos diarios ingleses anunciaban dias pasados que se iba á proceder muy pronto á la inmersión de un nuevo cable transatlántico. Sabido es que el primer ensayo hecho en 1858 no ha tenido buen resultado. El telégrafo, despues de haber funcionado mas ó menos bien, durante muy poco tiempo, con los mas entusiastas aplausos, se detuvo repentinamente. Se ha procurado reunir en la construcción del nuevo cable todas las condiciones de buen éxito. El espesor de la capa de gutta-percha que debe rodearle, será casi doble de la que cubria al anterior; lo que impedirá que sea aplastado como él bajo la enorme presión del agua. Se sustituirá á los alambres que lo envolvían, y que tenían el doble inconveniente de aumentar sin ninguna utilidad su peso, y de formar corrientes indirectas, simples hilos de cáñamo embreados.

A pesar de todas estas precauciones, dudamos mucho que tenga completo éxito, y sobre todo, que sea duradero. Uno de nuestros sabios mas notables, que, digan los que quieran los chasqueados de la gran marea, fué buen profeta por lo menos una vez, M. *Babinet*, escribía en 1857, respecto de la colocación del primer cable, estas pocas líneas cuya exactitud ha probado la experiencia y que pueden aplicarse en parte al segundo: «No puedo considerar estas ideas, decia, como serias, y la teoría de las corrientes podría dar pruebas sin réplica de la imposibilidad de semejante transmisión, aun cuando no se tuvieran en cuenta las corrientes que se establecen por sí mismas en un largo hilo metálico y que son ya muy nocivas en la travesía de Douvres á Calais.»

C. A. MARTIN.

**LOS CARÁCTERES DE LOS ALFABETOS.** — El número de los caracteres de los alfabetos de las diversas lenguas varia de veinte á cuarenta y uno. El alfabeto italiano se halla limitado al primer número y el alfabeto ruso llega hasta el último. Con estos caracteres pueden formarse todas las palabras de todas las lenguas. Lo pobre de los elementos parece hallarse poco en relación con lo rico de los productos. Tal es sin embargo el poder de las combinaciones. Se ha calculado que solamente con 24 letras de un alfabeto se podían formar 1,391,724,288,887,252,999,425,128,493,402,200 palabras. Así que, veinticuatro letras bastarían para escribir todos los vocablos de las diferentes lenguas de nuestro planeta, y aun quedarían suficientes para escribir los de los idiomas de la luna,—probablemente.

**EL ÁMBAR GRIS.** — La procedencia de esta sustancia extraña ha sido por mucho tiempo un misterio. Se han hecho mil suposiciones, algunas de las cuales tocaban casi á la verdad. El ámbar

gris, materia concreta, gris ó morena, de consistencia de cera, muy olorosa, muy solicitada y cara, se recoje en las cercanías de Madagascar, de las costas de Coromandel, de las Molucas y del Japon. Se encuentra el ámbar gris flotando sobre las olas. Los naturalistas que se han separado mas de la verdad habian supuesto que el ámbar gris era excremento de algunas aves, una especie de guano; otros le han considerado como una resina vegetal, natural ó modificada por el agua del mar, el aire y la acción del sol. Los que se han acercado mas á la verdad son los que han dicho que este ámbar era producto de una secreción.

Hoy se sabe perfectamente de donde proviene el ámbar gris; el problema se halla resuelto. Esta sustancia ha sido descubierta recientemente en los intestinos del cachalote, y se puede afirmar que es una secreción morbosa, particular á este animal y análoga á los cálculos biliares. Esta suposición es hoy cosa cierta. Se han encontrado cinco libras de esta sustancia en una sola ballena, y ya se habia sacado un pedazo de ámbar del mismo peso de un cetáceo pescado en las costas de las Bermudas por unos marineros, quienes desertaron al momento de su buque y fueron á vender á Inglaterra su precioso hallazgo. El precio del ámbar gris es variable, pero siempre muy elevado.

LÉON MARÉCHAL.

#### CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

Tengo el honor de presentaros un excéntrico. Un excéntrico, *rara avis* en nuestra sociedad francesa! Nosotros tenemos locos, monomaniacos, maniacos, y hasta originales, pero excéntricos no. Y cómo los habría en este país de las conveniencias y de lo convenido, de la regularidad y de la disciplina, en que la costumbre y la moda lo uniforman todo en derredor suyo, en que los espíritus son alineados á cordel como los monumentos y los jardines?

Nuestra sociedad se apellida la sociedad fina y pulcra por excelencia; é indudablemente, los ángulos, las asperezas no tienen gracia para nosotros. Los que adolecen de estos males, deben hacerse operar, só pena de ser excluidos de esta sociedad que es una necesidad de nuestra alma y de nuestro espíritu, como el oxígeno es una necesidad de nuestro cuerpo. Un autor que ha tratado la cuestión con tanto talento como profundidad, M. Philàrète Chasles, hace notar con razón que á los ojos de un Francés, el hombre es un animal sociable, interin que á los ojos de un Inglés, es un animal independiente. El Inglés tiene el mas profundo respeto á la personalidad humana; quiere que cada cual esté en libertad de desplegar en todos sentidos su carácter, mas ó menos humorístico; él no conoce la ortopedia de las conveniencias sociales, y si se le presenta un hombre que, sin otra pretensión que hacer una vida mas cómoda y apropiada á su naturaleza y á sus necesidades, vive al revés de los demás, le saluda con simpatía y se satisface con murmurar: *Oh! excentric man!*

Si Alceste realiza su proyecto de irse á vivir solitario en un lugar apartado, Philàrète dirá que es un loco.

Un Inglés dirá que es un excéntrico.

Los Ingleses respetaban á esos dos misántropos, Harry Bingley y Henry Welby, que, durante muchos años, vivieron sin amigos, sin criados, y hasta sin un perro que los acompañara, uno á algunas millas de Londres, otro en esta misma ciudad, y en una de esas callejuelas sucias, estrechas, y malsanas que ocultan las grandes ciudades en sus barrios antiguos. Rico, dotado de gran talento, Henry Welby habia vivido en la mejor sociedad

de Londres donde habia conocido á Burke y á Sheridan. Tenia cuarenta años, segun el escritor que he citado antes, y acababa de hacer un viaje á Italia, cuando una noche de invierno, en 1787, al salir de un baile, fué detenido por un bandido que le puso una pistola al pecho. Lucharon y la pistola faltó; Welby arrancó el arma de las manos al asesino, y halló en la pistola tres balas, reconociendo que el agresor no era otro que su hermano menor, antiguo armador arruinado por desgraciadas especulaciones, y que trataba por este medio de adquirir la herencia fraterna.

Welby fué sobrecogido de tal horror, que resolvió no ver mas el mundo, y encerróse en una casa de *Grub-street* que le pertenecía, despidiendo de ella antes á todos los inquilinos. Su alimento era pan de avena, leche y vegetales; su gran festín, una yema de huevo. Hacia comprar cuantos libros salían á luz, los leía, y despues los iba amontonando en forma de pila en derredor suyo. Así vivió treinta años, separado del mundo y de su hija, quien por muerte del padre, heredó sus bienes, los cuales debia dividir con algunos huérfanos que él habia designado.

Como Welby, Harry Bingley habia disfrutado los dias serenos y brillantes. Rico tambien, comenzó por ser hombre político, y se distinguió en las reuniones y en las *hustings*. De repente renunció al mundo y fué á confinarse en dos habitaciones pequeñas de una casa de campo, situada á algunas millas de Londres. En ella permaneció hasta su muerte, alimentándose todo el año de apio y de pan de avena, escepto el verano en que compraba, á medio franco cada uno, los gorriones que le llevaban, y con los cuales se hacia él mismo sus pasteles. Los domingos salía de su soledad, enseñaba el catecismo á las niñas del país, y se entraba en la iglesia, donde pasaba todo el dia. Era el padrino de todos los niños que nacían en los alrededores, llegando á contar hasta novecientos noventa y seis ahijados de ambos sexos.

La causa que le habia llevado al retiro no fué conocida hasta despues de su muerte. Esta era una infidelidad, ó una traición de amor.

Volvamos á nuestro excéntrico Parisiense, — ó mas bien, á nuestros excéntricos; — pues son tres: marido, mujer é hija. Viven en la calle de Suresnes, y ocupan una pequeña habitación sin comunicación con el mundo exterior. No salen nunca, y no quieren recibir ni cartas ni visitas; si se llamara un dia entero á su puerta, nadie vendría á abrir. Una criada, — que ha aceptado segun parece este género de vida, — es la única que sale; pero solamente para ir á buscar provisiones. Tiene orden formal de no recibir del portero ni carta, ni paquete, ni papel sellado, y pueden verse, en la portería, los voluminosos archivos de la correspondencia de estos extraños locatarios. El arrendatario mismo de M. y de Mme N... G... se ha presentado varias veces para pagar sus arrendamientos, viéndose obligado á marcharse con su dinero.

Qué accidentes, qué pensamientos, qué revoluciones interiores han determinado á M. y á Mme N... G... á aislarse de este modo con su hija en un retiro impenetrable? Qué importa! es un secreto suyo, respetémosle. Y ciertamente, nadie, ni aun un cronista, tendría derecho de perturbar su soledad, si ellos mismos se hubieran limitado á vivir, segun su gusto, sin perjudicar á los intereses de otro.

Este otro es M. Clémançon, propietario de la casa ocupada por M. y Mme N... G...

Quién, del propietario ú del locatario, ha dado sus dimisorias al otro? No lo podemos decir: lo que hay de cierto, es que la habitación se hallaba de alquiler para el próximo trimestre de abril, y



que un cartel colocado según el uso ordinario, llamaba á los transeúntes á visitarla.

Presentáronse algunos de estos, pero inútilmente: M. et M<sup>me</sup> N... G..., que no abren la puerta á sus amigos, no quisieron abrirla á los extraños: era cosa natural y lógica.

El propietario, que no era menos lógico, obtuvo una orden judicial que mandaba á sus inquilinos que dejaran visitar la habitación, y, en caso de negativa, autorizaba á este último á penetrar por fuerza.

Es inútil decir que la orden fué á aumentar, en la portería, los archivos de que hemos hablado.

Un ugiere había sido encargado de ejecutar la orden del presidente. Presentóse, sonó y llamó ocho veces, sin obtener respuesta. Acudió entonces al comisario de policía, quien, ayudado por un cerrajero, hizo abrir la puerta. Se encontró á M. y M<sup>me</sup> N... G... ocupados en platicar tranquilamente al lado de la chimenea.

Esto es bueno para una vez; pero es difícil renovar la misma ceremonia para todas las personas que viniesen á visitar la habitación. El tribunal lo ha comprendido de este modo, condenando á pagar á los inquilinos, á título de indemnización, el alquiler de los tres meses que sigan á su mudanza.

Costará, á los misteriosos inquilinos, 225 francos,—mas las costas del tribunal,—el hacer respetar su incógnito. Apostaría yo á que no les parece demasiado caro.

Todo se paga en esta vida, todo se halla compensado; pregúntese sino á la hermosa señorita Amada Desclée. Paga en sus brazos la abundancia y la riqueza de su cabellera. Ese ligero vello que cubre su pureza, esa sombra que oculta su hermosura la importuna: la joven quisiera que sus brazos tuvieran la blancura del mármol, como tienen su firmeza. La química posee felizmente maravillosos recursos, y cierta M<sup>me</sup> Chantal pretendía haberle arrancado el secreto de una pasta epilatoria, cuyos efectos eran, según decía ella, tan pronto como decisivos. Qué mujer habría vacilado en lugar de la señorita Desclée? La bella artista fué á ver pues á la M<sup>me</sup> Chantal, y la abandonó resueltamente sus brazos en los cuales la operadora misma aplicó su tónico. Cuando la señorita Desclée subió en el coche (de su propiedad), sus dos brazos ardían, al cabo de media hora se hallaban cubiertos de quemaduras, de vejigas, y de manchas negras que han producido, según el informe del médico llamado á examinar á la joven, «una erupción discreta de vesicopústulas del tamaño de una cabeza de alfiler y algunas escamas furfuráceas.» Nótese que si se había arrancado la piel, el vello había persistido, y que hoy todavía florece triunfalmente sobre sus hermosos brazos de los cuales se le quería arrancar.

En la antigua Roma, semejante crimen habría sido castigado cruelmente. Conducida á los pies de la señorita Desclée, la torpe *ornatrix* se hubiera visto azotar por el verdugo público con correas de piel de buey, á menos que hubiese preferido la linda ofendida aplicarla ella misma el castigo merecido, ó arrancarla el pelo y desgarrarla la cara con sus uñas. Las cosas no pasan ya, felizmente, de este modo; y la pena aplicada á M<sup>me</sup> Chantal, cuyo verdadero nombre es M<sup>me</sup> Biche, se limitará esta vez á seis días de cárcel y cien francos de multa.

Nada diremos del proceso de monseñor Dupanloup, de esta grande lucha que ha puesto en presencia en uno de los mas grandes torneos oratorios de estos tiempos, al procurador general Chaix-d'Est-Ange, á los abogados Berryer, Dufaure, Senard, Plocque y el mismo monseñor Dupanloup, mostrando por una extraña fortuna la elocuencia oratoria unida á la elocuencia sagrada. En el momento en que vean estas líneas, nuestros lectores

sabrán ya mas sobre este asunto de lo que pudiéramos decirles ahora. En cuanto á una apreciación, nos cuidaremos mucho de hacerla: la materia es demasiado ardiente, y sería menos excusable que cualquier otro un cronista de tribunales al quemarse en ella los dedos.

PETIT-JEAN.

#### EL MERCADO DE LOS CABALLOS.

Cerca de la antigua barrera de Fontainebleau, en aquel extremo del boulevard del Hôpital, hállase situado en París el mercado de los caballos, limitado al sur por la calle á la cual da él su nombre, y en la que aun puede verse una antigua casa construida por M. de Sartine, el hábil teniente general de la policía durante el reinado de Luis XV.

Francisco Barajon, boticario y ayuda de cámara de Henrique IV, obtuvo de este monarca autorización para establecer aquel mercado en un sitio del arrabal de San-Victor, llamado la *Folie Eschalard*, que es el mismo que hoy ocupa.

El terreno fué nivelado en 1818, disponiendo los postes ó pilares que sirven para tener sujetos ó amarrados los caballos en un orden mas simétrico, y añadiendo nuevos árboles á las antiguas plantaciones.

Los miércoles y sábados son los días en que se celebra el mercado de los caballos.

Su sencillez nada elegante principiaba ya á contrastar singularmente con las brillantes transformaciones que sin cesar sufren hoy todas las calles y plazas de París. Por eso le ha tocado á él también su turno, y se halla condenado lo mismo que sus hermanos mayores los diferentes mercados de las lonjas parisienses (*les Halles*).

Antes pues que desaparezca de la escena, dirijámosle una mirada de despedida, pero no de pesame ó de pesar.

En el mercado de los caballos, es donde naturalmente se dan cita todos los chalanes, carreteros, empresarios de transportes, de diligencias, de ómnibus y carromatos, cocheros cesantes y otros infinitos industriales que afluyen á aquel extremo de París, con el objeto de vender, comprar ó cambalachear esos animales que tan indispensables ha hecho el progreso moderno para todo género de locomoción.

Hállanse allí, en efecto, muestras y tipos de todas las razas hípias de Francia, *poitevine, bretonne, percheronne, normande, boulonnaise*, las cuales suministran los magníficos caballos de tiro que vemos y admiramos en la capital; las razas *ardennaise* y *franc-comtoise*, que ofrecen tipos mas lijeros que aquellas; y por último, los *limousins*, cuyos cruzamientos, bajo la influencia de la yeguada de Pompadour, dan excelentes caballos de silla.

La raza pura inglesa no es tampoco un tipo ajeno de este mercado: y la vista ejercitada del conocedor suele encontrarse allí con el *hunter*, que es el caballo de caza por excelencia, el *hackney* y el *poney*, tan nervioso y tan duro en la fatiga.

En la série de los de carruaje, vense allí á los *yoikshire* piafar al lado de los *mecklenbourg* de frente hendida, grande alzada, y cuyo temperamento es regularmente linfático.

El *barbe* es el que reasume en sí, por lo general, las razas árabe, persa y turcomana. Al lado, ú mas bien, en paralelo con estos bellos tipos de las nobles razas, ofrécese á la venta esos otros pobres caballos degenerados, bastardeados y desfigurados por la edad y el trabajo. La impotencia los ha retirado ya del servicio activo, y sólo hay un hombre que se atreva á comprarlos: este hombre, cuya industria consiste en reducir la carne á composición química, es el sacrificador

de esta raza tan inocente como útil.

Si vais alguna vez al mercado de los caballos, no con un simple objeto de curiosidad, sino en calidad de comprador, no perdais de vista los preceptos de M. Vergnaud, quien, para poneros al abrigo de las supercherías del chalan, os aconseja «que ensilleis y embrideis vosotros mismos el caballo, que le monteis en todas direcciones y en diferentes actitudes, le hagais avanzar, retroceder, volver, apoyar, detener; que le veais comer y beber; llevadle al mariscal y hacedle poner ó quitar una herradura; almohazadle vosotros mismos, brozadle, limpiadle, etc.»

Seguid á la letra estas instrucciones, al hacer la adquisición de un caballo, y estaréis seguros de no ser engañados... y aun... yo no me atrevería á salir responsable!

LÉO DE BERNARD.

#### LOS TRIBUNALES ÁRABES.

Desde la conquista de Argel, la Francia ha procurado preparar la fusión de la raza árabe con la raza europea, asimilar á la nación francesa Moros, Judíos, Kabilas y Beduinos.

Desde el primer paso dado en las riberas de Sidi-Ferruch, ha sido planteado su principio fundamental en esta vía de civilización; tal es el respeto á las costumbres y á las religiones del país conquistado.

Cuando terminó la obra de la conquista, la política de asimilación de los indígenas fué puesta ampliamente en relieve, un régimen de paz quedó establecido. Agobiados hacia mucho tiempo bajo la autocracia omnimoda y brutal de los Moros, los Arabes y los Judíos de la Argelia ven hoy la justicia del lado del derecho, lo que no sucedía siempre en tiempo de la dominación de los deyes.

Un decreto acaba de operar una reforma importante en la administración de justicia de la Argelia. Las disposiciones de este decreto facilitan á los Arabes el recurrir á los tribunales franceses, y ya varios indígenas han podido apelar de sus jueces mahometanos á los magistrados cristianos.

La justicia musulmana se halla administrada en Argelia por cuatro tribunales que nuestros grabados representan.

El tribunal de los *Aminos*, tribunal de conciliación de las diversas razas, que juzga los casos de riñas ó de contiendas relativas al ejercicio de las profesiones en la población indígena. El *Amino* es el síndico intermediario entre la autoridad francesa y los Kabilas, los Biskris, los Laghouatis y los negros. Este tribunal obliga á sus administrados á ciertas formalidades y tiene á su disposición ciertos derechos represivos. Correspondería á nuestros tribunales de simple policía y de justicia de paz.

El tribunal de los *Cadis* y de sus asesores que juzgan en primera instancia. Hemos creído interesar á nuestros lectores dándoles el retrato de uno de esos magistrados musulmanes, el mas estimado, Mohamet-Larguech. Es éste un hombre muy instruido, muy inteligente y muy considerado por sus compatriotas. Sus estudios sobre el derecho musulmán y sus sentencias, dadas siempre sabiamente, le han hecho nombrar miembro del consejo superior de Argel.

Este tribunal de los *Cadis* depende de un tribunal de apelación, designado bajo el nombre de *Medjelès*. Estas salas de apelación, en número de veinte en la Argelia, se componen de Muphtis (jefes religiosos), de *Cadis* y de *Oulemas* (sabios). La sentencia del *Medjelès* es soberana.

Otro tribunal, el *Bit-el-Mal* (sala del tesoro) ha sido completamente reorganizado y funciona bajo la censura de la autoridad francesa.

Esta sala del tesoro es el tribunal curador de las herencias vacantes.





Estátua ecuestre de Washington, inaugurada el 23 de febrero en la ciudad capital de la Union que lleva su nombre.

Mahoma había arreglado bien los derechos de herencia según el sexo y el grado de parentesco del testador, pero á falta de registro civil y muriendo el creyente las mas veces lejos de su país natal, era muy difícil encontrar á la familia del difunto y prevenirla, cerciorarse de sus derechos si ella se presentaba. Este tribunal había sido instituido para hacer las investigaciones necesarias, á fin de establecer el derecho de los herederos.

Hoy se halla adjunto á esta administracion un oficial de la oficina árabe.

Nuestros grabados de los tribunales argelinos han sido ejecutados según las fotografías del excelente album de M. Moullin, la *Argelia fotografiada*. Debemos á este artista, al mismo tiempo que la comunicacion de los dibujos, la no menos preciosa de los documentos auténticos que no hacemos, por decirlo así, mas que transcribir.

MAC VERNOLL.

#### INAUGURACION DE LA ESTATUA DE WASHINGTON.

En la capital nacional de los Estados-Unidos, distrito de Columbia, capital fundada por Washington, y que lleva su nombre, ha sido inaugurada, el 22 de febrero, á los ciento veintiseis años del nacimiento de aquel hombre ilustre, la estatua ecuestre del que los ciudadanos de los Estados-Unidos han llamado *Padre de la patria*.

Esta estatua notable es obra de M. Clark Mills. Ha sido construida para ser colocada á una altura de cuarenta piés. El pedestal, reducido actualmente á veinticinco piés, es de mármol y representa las tres grandes épocas de la historia del país: la América habitada por los Indios en el momento en que fué descubierta; la civilización en su aurora; y la grande epopeya revolucionaria.

Washington se halla representado en el momento en que, en la batalla de Princeton, se acerca tanto á las filas enemigas, que su caballo, rehusando ir mas adelante, se detiene de repente, amedrentado por las balas que trazan surcos en la tierra que él pisa.

El noble animal se halla sobrecojido de terror; el héroe está tranquilo, siente la fuerza que le da su mision providencial, y hállase seguro de devolver la libertad á su país.

La cabeza del primer presidente de la república americana se halla reproducida de un molde de yeso tomado al natural por Houdon en 1785. El uniforme es un fac-símile del que llevaba el general, y que se halla ahora en *Patent office*. El arnés del caballo ha sido tomado del dibujo de Trumbull, pintor patriota y concienzudo.

La estatua de Washington hace frente al Capitolio, como si el héroe americano avanzase hacia el recinto en el cual se agitan ó son resueltas las graves cuestiones que tocan á los intereses del país que aquel ha amado tanto.

M. Buchanan, presidente actual de los Estados-Unidos, rodeado de los senadores, de los representantes de todos los Estados de la Confederacion y de una numerosa asamblea, ha dedicado solemnemente esta estatua á la memoria del fundador de la República:

«Cumpro este acto de piadosa devocion, dijo, no en nombre del pueblo del norte ó del sur, del este ó del oeste; no en nombre de los que habitan las riberas del Atlántico ú del Pacífico, sino en nombre del pueblo entero de los Estados-Unidos, de este pueblo, uno é indivisible ahora y para siempre jamás.»

MÁXIMO VAUVERT.

#### CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                         |                                |
|-------------------------|--------------------------------|
| AREQUIPA. ....          | D. Manuel G. de Castresana.    |
| ARICA. ....             | Sres. Calmann y Riobó.         |
| BOGOTÁ. ....            | D. Rafael Mogollon y Guzman.   |
| BUENOS-AIRES. ....      | D. Federico Real y Prado.      |
|                         | Sres. Frias, hermanos.         |
| CARÁCAS. ....           | Sres. Rojas, hermanos.         |
| CARTAGENA. ....         | D. Joaquin F. Velez.           |
| COBIJA. ....            | Sres. L. Durandean y Compania. |
| COLON. ....             | D. Joaquin B. Donalisio.       |
| GUATEMALA. ....         | D. Pablo Blanco.               |
| GUAYAQUIL. ....         | D. Luis Abadie.                |
| GUAYAMA. ....           | D. Narciso Daussá.             |
| HABANA. ....            | Sres. Charlain y Fernandez.    |
| LA PAZ. ....            | D. José Herrero.               |
|                         | D. Benito Gil.                 |
| LIMA. ....              | P. Bailly.                     |
|                         | Sres. José Macias é hijo.      |
| MÉJICO. ....            | Sres. Maillefert y Comp.       |
| MENDOZA. ....           | D. F. Civit.                   |
| MONTEVIDEO. ....        | D. Teodoro Reissig.            |
|                         | D. Federico Real y Prado.      |
| PANAMÁ. ....            | D. José M. Aleman.             |
| PUERTO RICO. ....       | D. José M. Sanchez Enriquez.   |
|                         | D. Ignacio Guasp.              |
| ROSARIO. ....           | Federico Reissig.              |
| SAN FRANCISCO. ....     | M. Biesta.                     |
| STA. MARTA. ....        | D. José A. Barros y Comp.      |
|                         | D. Pedro Yusté y Comp.         |
| SANTIAGO DE CHILE. .... | Libreria agencia del Mercurio. |
|                         | D. Ramon Morel.                |
| SAN TOMAS. ....         | D. Luis Guasp.                 |
| TACNA. ....             | D. Clemente Bartibas.          |
| TAMPICO. ....           | D. A. Gutierrez y Victori.     |
|                         | D. Santos Tornero y Comp.      |
| VALPARAISO. ....        | D. Nicasio Ezquerra.           |
|                         | D. José Perez Anguita.         |
| VERACRUZ. ....          | D. Juan Carredano.             |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle, A. Bourdilliat, 15, rue Breda.